

# Consideraciones sobre las críticas neoliberales a la democracia

Considerations on the neoliberal critiques of democracy

Matías Saidel<sup>1</sup>

## Resumen

Este trabajo parte de la hipótesis de que la crisis de la democracia liberal y el auge actual de las ultraderechas neoliberales, con sus concepciones jerárquicas, machistas, xenófobas y racistas, no son solo “efectos” accidentales de los procesos de neoliberalización, sino que también encuentran antecedentes ideológicos en el colectivo de pensamiento neoliberal. Desde dicha óptica, la democracia es vista como el fruto de la era de masas, el botín de los grupos de presión, el precursor del igualitarismo, la antesala del totalitarismo, o el vector de la decadencia y del colectivismo. De allí la necesidad de dispositivos institucionales que contengan los efectos perniciosos del dogma de la soberanía popular y, en particular, de un Estado fuerte que impida que la política y la democracia afecten el funcionamiento del mercado. El trabajo analiza una crítica tecnocrática, otra conservadora, otra pluralista, y otra racializada a la democracia, y concluye marcando que la demofobia neoliberal deriva en una defensa del autoritarismo.

449

**Palabras clave:** neoliberalismo, democracia, ultraderecha, autoritarismo, conservadurismo.

## Abstract

This work is based on the hypothesis that the crisis of liberal democracy and the current rise of the neoliberal far right, with its hierarchical, sexist, xenophobic and racist conceptions, are not only accidental effects of the processes of neoliberalization, but also find ideological antecedents in the neoliberal thought collective. From this point of view, democracy is seen as the fruit of the era of the masses, the spoil of pressure groups, the forerunner of egalitarianism, the prelude to totalitarianism or the vector of decadence and collectivism. Hence the need for institutional devices that contain the pernicious effects of the dogma of popular sovereignty and of a strong State that prevents politics

**Recibido: 28 de marzo de 2022 ~ Aceptado: 7 de julio de 2022 ~ Publicado: 20 de julio de 2022**

<sup>1</sup> Dr. en Filosofía Política. Investigador Adjunto Conicet-INES. Prof. Titular de Filosofía Política FTS-UNER, Paraná, Entre Ríos. Correo electrónico: msaidel@fts.uner.edu.ar  <https://orcid.org/0000-0002-6188-1257>

and democracy from affecting the functioning of the market. The work analyzes a technocratic, a conservative, a pluralist and a racialized critique towards democracy and concludes by pointing out that neoliberal demophobia derives in a defense of authoritarianism.

**Keywords:** neoliberalism, democracy, far right, authoritarianism, conservatism.

## 1. Introducción

(...) prefiero a un dictador liberal y no a un gobierno democrático carente de liberalismo.  
(F. von Hayek, El mercurio, 12/4/1981)

En los últimos años hemos asistido a una crisis cada vez más profunda de la democracia liberal. Por un lado, los parlamentos y los gobiernos elegidos democráticamente han perdido influencia frente a decisiones estratégicas que se toman en el ámbito privado o en organizaciones supranacionales como el FMI, el BM, o la UE. Por otro lado, la desafección democrática producida por la intemperie neoliberal ha sido el caldo de cultivo para el auge de una derecha radical que defiende el orden del mercado, junto con un autoritarismo cultural y social cada vez más desembozado.

Esta crisis de la democracia liberal y el auge actual de las ultraderechas neoliberales, con sus concepciones jerárquicas, machistas, xenófobas y racistas, no son solo “efectos” accidentales de los procesos de neoliberalización, sino que también encuentran un antecedente ideológico en el colectivo de pensamiento neoliberal. En efecto, el ataque a la democracia de masas desde posiciones tecnocráticas, elitistas, conservadoras, reaccionarias e incluso racistas, formó parte de los núcleos doctrinarios de muchos de los teóricos y *think tanks* neoliberales desde sus comienzos, y continuó desarrollándose bajo nuevas formas desde entonces. En la óptica neoliberal, la democracia es vista como el fruto de la era de masas, el botín de los grupos de presión, el precursor del igualitarismo, la antesala del totalitarismo, o el vector de la decadencia (Solchany, 2016, p. 136). Esta amenaza es más grave cuando la democracia es ejercida por pueblos o razas no occidentales (Slobodian, 2018; Cornelissen, 2020), cuyo escaso nivel de civilización los haría proclives a ser víctimas de los demagogos y apoyar políticas socializantes. En ese marco, la democracia es vista como la matriz del peor peligro que amenaza a las sociedades: el colectivismo (Dardot et al., 2021, p. 57). De allí la necesidad de dispositivos

450

institucionales que contengan los efectos perniciosos del dogma de la soberanía popular (Dardot et al., 2021, p. 58) y, en particular, de un Estado fuerte que impida que la política y la democracia afecten el funcionamiento del mercado (Dardot et al., 2021, p. 74).

En efecto, para el pensamiento neoliberal el igualitarismo democrático es inaceptable, puesto que lleva necesariamente a un avance del Estado sobre las libertades individuales y busca hacer prevalecer los Derechos Humanos -en su versión de posguerra-, por sobre los derechos del capital<sup>2</sup> (Slobodian, 2021). La democracia solo sería aceptable si se reduce a un modo de selección de los representantes que permita una alternancia no violenta, pero no puede, ni debe, pretender extenderse al ámbito económico ni al plano internacional. Las posiciones neoliberales van desde un rechazo total de la democracia (Murray Rothbard, Hans-Hermann Hoppe, Robert Nozick, Louis Baudin, Alexander Rüstow), a una aceptación que solo se produce bajo ciertas condiciones (Friedrich Hayek, Wilhelm Röpke, Milton Friedman, etc.), siendo raro, especialmente entre los economistas neoliberales, un apoyo decidido a la misma (Caré & Châton, 2016). En efecto, quienes aceptan los principios democráticos, rechazan su versión “ilimitada” (Hayek) o “pura” (Röpke). En ese marco, neoliberalismo y democracia pueden convivir al precio de una limitación (Caré & Châton, 2016, p. 11), o de un vaciamiento (Cornelissen, 2020) de esta última. El temor neoliberal a la democracia se basa en que los electorados buscarán una redistribución de la riqueza, la intervención de los mercados, la defensa de intereses corporativos y, por ende, destruirán las condiciones para un mercado libre, como el libre intercambio, la protección de la propiedad privada y la disciplina de la competencia (Cornelissen, 2020, p. 349). Por ello, buscarán establecer medidas legales o constitucionales que limiten la influencia de la ciudadanía.

Para ordenar las críticas neoliberales a la democracia, en este trabajo retomamos la distinción analítica de Caré y Châton, quienes marcan tres actitudes de desconfianza neoliberal hacia la democracia, que en algunos casos se manifiestan en los mismos autores: a) una actitud tecnocrática, b) otra conservadora y, c) otra pluralista. A ello agregaremos lo que Cornelissen (2020) denomina “crítica racializada a la democracia”. El trabajo concluye marcando cómo la demofobia neoliberal deriva en una defensa del autoritarismo.

---

<sup>2</sup> Como evidencia Jessica Whyte (2019), a diferencia de la primera generación de neoliberales, que oponían los derechos del capital a los Derechos Humanos, a partir de los ‘70 comienza una apropiación neoliberal del discurso de los Derechos Humanos, como derechos del individuo propietario, en detrimento de los derechos sociales y económicos.

## 2. La crítica tecnocrática a la democracia

Caré y Chàton señalan que hay una crítica “tecnocrática” a la democracia, que es transversal a las distintas escuelas y que busca evitar la “democracia ilimitada”, sustrayendo de la deliberación colectiva las cuestiones que solo una élite competente puede decidir. La democracia es considerada como ineficaz para resolver problemas técnicos. En consecuencia, se necesita una élite experta que tome las decisiones necesarias para el mejor funcionamiento de la sociedad. De ese modo, quienes deciden las políticas públicas deben hacerlo no en base a su procedencia social, su edad o su virtud, sino en base a un conocimiento técnico. La figura emblemática de esta tecnocracia destinada a sustituir a la democracia son los *Chicago boys* que asesoraron al régimen de Pinochet, aunque también se encuentra esta “expertocracia” en las instituciones clave de la Unión Europea y los Organismos Multilaterales como el FMI y el BM (Dardot y Laval, 2016). Podría decirse que esta crítica predomina en la Escuela de Chicago, dados sus supuestos epistemológicos y teóricos que se basan en el *homo economicus* como “capital humano”, y donde la economía se define, según Becker, como una ciencia de la “sistemacidad de las respuestas a las variables del medio” (Foucault, 2007, p. 308).

En ese marco, Milton y Rose Friedman sostienen que se deben limitar los impuestos y el gasto, prohibir las políticas keynesianas, constitucionalizar el monetarismo, y prohibir medidas regulatorias que desafíen los flujos económicos internacionales. La ponderación de Milton Friedman de regímenes autoritarios donde impera la libertad económica se basa en ese tipo de razones de eficiencia. De hecho, si bien el norteamericano declaró que Chile era una excepción a la regla y que era necesario conjugar el liberalismo económico con las libertades políticas, no solo celebraba las medidas del régimen pinochetista, sino que también se opuso al Acta de Derechos Civiles de 1964, que consagraba la igualdad civil, política y económica para los negros en Estados Unidos, y apoyó el apartheid en Sudáfrica; a la vez que estaba fascinado con el caso de Hong Kong, un Estado no democrático que tuvo una destacada performance económica debida, según el autor, a no involucrar políticas redistributivas como lo hacían Inglaterra, Estados Unidos o Israel (Biebricher, 2020). Ahora bien, esas medidas eran producto de la democracia, que, permitiendo la injerencia de las masas en la política, llevaba a una menor libertad económica y civil. Por eso, Friedman afirmó: “Es casi indudable que si se tuviera libertad política en Hong Kong se tendría mucha menos libertad económica y civil que la que se tiene como resultado de un gobierno autoritario” (Friedman, 1988, traducción propia).

Para Milton Friedman, mientras más amplia sea la esfera del mercado, menos cuestiones estarán sujetas a la decisión política y, por ende, a la necesidad de obtener consensos, haciendo más eficiente el funcionamiento de la sociedad. En ese sentido, la economía política neoliberal es impensable sin su objetivo de “destronar a la política” (Rodrigues, 2018, p. 133; Brown, 2019) y de limitar la democracia.

### 3. La crítica conservadora a la democracia

La crítica neoliberal-conservadora a la democracia deplora la irrupción de las masas indisciplinadas en la esfera pública, y propone confiar el poder político a una élite virtuosa. Esta crítica, muy frecuente en el ordoliberalismo, denuncia a la democracia parlamentaria por producir un pluralismo nocivo, fomentar un materialismo estrecho en las masas y debilitar las disposiciones virtuosas de los individuos (Caré & Châton, 2016, p. 12).

Este rechazo a la democracia, que encuentra antecedentes en el pensamiento conservador y elitista de fines del XIX, se desarrolla especialmente en el marco de la crítica a la República de Weimar. En 1932 el ordoliberal Walter Eucken denunció “la democratización del mundo”, preocupado ante el sufragio universal masculino de las naciones industrializadas, que acercaba la política a “la gente y sus pasiones, los grupos de interés y los caóticos poderes de las masas” (Slobodian, 2021, p. 185). La política de masas daría lugar, para Eucken, a un intervencionismo estatal y a la pérdida de la distinción entre la esfera política y la económica. Ese mismo año, en el congreso del *Verein für Socialpolitik*, Alexander Rüstow presenta al Estado republicano como un “Estado total” que extiende sin cesar sus prerrogativas, pero que es también un Estado débil, convertido en presa de los grupos de interés. Retoma la crítica de Carl Schmitt hacia el pluralismo y aboga por un Estado fuerte, neutral, “al servicio del interés general más elevado”, encarnando la “autoridad” y la “dirección” (*Führertum*), basada en una “constitución correcta y orgánicamente construida” (Rüstow, 1932 apud Solchany, 2016). Alexander Rüstow prolongaba así las críticas dirigidas desde julio de 1929 a la democracia parlamentaria donde abogaba por un ejecutivo que no tuviese que estar atado a las mayorías parlamentarias (Solchany, 2016). Para Rüstow, el Estado fuerte debía permanecer aislado de la dinámica erosiva de la democracia de masas, y ello lo llevaría posteriormente a defender un Estado jerárquico y autoritario frente al colectivismo totalitario (Biebricher, 2020; Davidson, 2018).

En efecto, frente al modelo de la sociedad de masas burocratizada, los ordoliberales proponen el ideal de una sociedad orgánica unida por una cultura y una forma de vida

compartidas, y de un Estado fuerte por encima de los intereses corporativos, que sostenga una tradición moral que a su vez lo fortalezca, y que sirva al mismo tiempo para el funcionamiento adecuado de la economía. Dicho Estado debe ser dirigido por una aristocracia que posea espíritu cívico (Röpke, 1958 apud Caré & Châton, 2016).

En ese sentido, si bien la mayoría de los ordoliberales se opuso al nazismo por su carácter plebeyo y por su política racial y económica, también atacaron a una República de Weimar caracterizada por el pluralismo, el intervencionismo y una politización de la economía que dejaba al Estado como un espacio de disputa entre distintos grupos de interés. Incluso hay quienes, como Fanz Böhm, tuvieron una actitud ambigua respecto al nazismo. Este publica en 1937 un texto titulado *Die Ordnung der Wirtschaft als geschichtliche Aufgabe* (El orden económico como misión histórica), donde se mezclan el rechazo a la experiencia democrática y cierta indulgencia para con el nuevo orden nazi (Solchany, 2016, p. 141). De hecho, en 1936 Böhm critica en duros términos la situación prevaleciente durante la República de Weimar, a la vez que pondera la posibilidad que ofrece la nueva situación de saldar la nación económica moderna con una “comunidad de pueblo y de destino”. Lejos de criticar el plan cuatrienal comandado por Göring, Böhm destaca que la existencia de un estado de excepción abriría nuevos horizontes para una constitución económica duradera.

Con este ejemplo, no buscamos inscribir al Estado fuerte promovido por el ordoliberalismo en la misma tradición que el nazismo<sup>3</sup>. De hecho, los ordoliberales, en su gran mayoría, se opusieron al régimen y, en muchos casos, debieron exiliarse. Empero, es importante subrayar que esta oposición no tenía como objetivo un restablecimiento de la República Democrática. Los ordoliberales sostienen por aquellos años una relación estrecha con los medios conservadores y religiosos, que incluso cuando se oponían al nazismo, mantenían una postura profundamente antidemocrática y antiparlamentaria.

Una posición similar es sostenida en aquellos años por Louis Rougier, figura central del neoliberalismo francés y organizador del coloquio Walter Lippmann. En 1938 publica *Les Mystiques économiques. Comment l'on passe des démocraties libérales aux États totalitaires*. Allí sostiene que el enriquecimiento, la elevación del nivel de vida y el acceso a la educación laica han producido “la revuelta de las masas”<sup>4</sup>. Lamenta que la

<sup>3</sup> En su crítica a la estadofobia neoliberal, Foucault ha dejado en claro que el Estado totalitario no es el resultado de la dinámica expansiva de un Estado pensado como universal y que el totalitarismo llevaría al paroxismo de la gubernamentalidad de partido (Foucault, 2007).

<sup>4</sup> Durante los años ‘30, el elitismo de los liberales no solo remite a las concepciones de la sociología política de Michels, Pareto o Mosca, sino también a la crítica de la sociedad de masas elaborada por Ortega y Gasset, cuando

política económica, presupuestaria y monetaria, se haga bajo la presión de las masas electorales, que tienen una mentalidad mágica, cuando el arte de gobernar es eminentemente aristocrático y solo puede ser ejercido por élites (Dardot et al., 2021, p. 69).

Esta misma crítica es compartida por Wilhelm Röpke, quien, desde sus exilios de Estambul y de Ginebra, promovió un nuevo liberalismo y criticó abiertamente al nazismo. El neoliberalismo de Röpke busca ser una respuesta frente al colectivismo, al que considera producto de la masificación, de la proletarización y de la secularización. Al igual que en Hayek y Friedman, su pensamiento va tomando un cariz cada vez más antiestatista y más crítico de la democracia. En 1942, en *Die Gesellschaftskrisis der Gegenwart* (La crisis social de nuestro tiempo), lee a la democracia como una manifestación e incluso como una causa profunda de la crisis moderna. El alemán hace una crítica de la democracia parlamentaria, que degeneró en “pluralismo”. Frente a ello, propone un modelo de democracia directorial, e incluso dictatorial, que tiene ciertas reminiscencias schmitteanas.

No se puede prestar peor servicio a la democracia que identificarla con [...] una democracia degenerada en pluralismo. Sabemos hoy que es posible no solo una democracia parlamentaria, sino también una “directa”, presidencial, directorial, sí, incluso dictatorial, siempre asumiendo que no se rompa el vínculo entre el pueblo y la voluntad del Estado y que quien ejerce el poder debe rendir cuentas al pueblo, está sujeto a su control y, en consecuencia, puede ser destituido de su cargo. (1950, p. 102, traducción propia)

Como vemos, Röpke buscaba asegurar la unidad del Estado y situar su dirección por encima de las pujas de intereses sectoriales. El presidente o dictador democrático es aquel que rinde cuentas frente al pueblo. En un momento previo del desarrollo de su libro, Röpke retoma la tradición romana y opone la dictadura a la tiranía. Sostiene que es un error asociar sin más el colectivismo a la dictadura, puesto que esta no necesariamente deriva en un control total por parte de una élite que se identifica con el Estado, como lo demostrarían los ejemplos de Atatürk y Salazar (1950, p. 84). En dichas páginas se observa que la única democracia viable para Röpke sería la del mercado y la única sociedad libre es aquella donde reina la soberanía del consumidor -para decirlo con

---

no al pensamiento reaccionario y anti-ilustrado del siglo XIX. Cabe señalar que el temor a las masas y las críticas a la democracia no se reducen al universo neoliberal.

Mises-, donde los productores son premiados por ofrecer lo que la gente desea y son castigados con la bancarrota cuando ofrecen aquello que no concita el interés del público (Röpke, 1950, p. 90, 105). Por el contrario, cuando la democracia deriva en socialismo, no hay más posibilidad de vivir en una sociedad libre, porque el socialismo buscaría politizar la economía, y reemplazar el gobierno democrático del mercado por el autocrático del Estado, cuyo control se ejerce mediante la ley penal. En ese sentido, para Röpke, el socialismo va de la mano de un sistema de gobierno completamente autoritario. La dictadura económica deriva necesariamente en un control autocrático de la vida política e intelectual (Röpke, 1950, p. 90).

Por otro lado, Röpke plantea que la colectivización espiritual que lleva al plebeyismo, los intereses creados, y el fanatismo de ciertas minorías “han hecho cada vez más difícil el funcionamiento de las instituciones democráticas, han llevado a la disolución de la autoridad, la imparcialidad y la unidad del Estado y al debilitamiento de la voluntad política (...)” (1950, p. 17, traducción propia).

El alemán prosigue esta crítica en su libro de 1944, *Civitas Humana*, tachando de impracticable el concepto de soberanía popular. Para el mundo de la posguerra, el economista aspira a un Estado legítimo, descentralizado y cooperativo, que encuentra numerosos obstáculos: el Estado que extiende desmesuradamente su campo de intervención, y la influencia de los grupos de interés y del socialismo, que rompe el consenso social e infunde el espíritu de la guerra civil. Estas “manifestaciones de descomposición” se derivan del declive del sentido de la responsabilidad o tal vez también del sufragio universal, cuyos peligros pueden ser corregidos mediante un “gobierno de los responsables”, para lo cual se requieren una serie de dispositivos: la descentralización del poder, la erección de una segunda cámara legislativa, que hará contrapeso a la primera cámara elegida por sufragio universal, medidas tendientes a excluir a los más jóvenes y a modular el derecho de voto dando más influencia a los padres de familia y a los que han demostrado capacidad a nivel profesional (Solchany, 146)<sup>5</sup>.

En 1958, Röpke publica *Jenseits von Angebot und Nachfrage* (Más allá de la oferta y la demanda), donde profundiza su crítica al predominio de lo que considera la democracia de masas jacobino-centralista, que es consecuencia de la masificación moderna, en detrimento de los modelos inglés y suizo, y el camino funesto que conduce del jacobinismo de la Revolución francesa al totalitarismo moderno. Para Röpke, el Estado pluralista sufre la influencia paraconstitucional de grupos de presión, de los demagogos

<sup>5</sup> Un análisis de la transformación espiritual de los sujetos como empresarios que propone Röpke puede encontrarse en Méndez (2017).

y de los aparatos partisanos, que dirigen, atizan y explotan “opiniones, sentimientos y pasiones de masas” y llevan a su descomposición. Para evitar que la democracia degenera en arbitrariedad y en omnipotencia del Estado, hay que oponer a la voluntad del Estado determinada por el sufragio universal, las barreras “del derecho natural, de las normas intangibles y de la tradición”, que deben inscribirse en la Constitución e imprimirse en las conciencias (Solchany, 2016, p. 147).

Frente a la revuelta de las masas, Röpke propone la sublevación de las élites. La columna vertebral de la sociedad sana debe ser una “verdadera” *nobilitas naturalis*, una “clase de censores”. Sus miembros serán revestidos de la “dignidad natural” que confiere una existencia hecha de “dedicación a la colectividad” y de “integridad inquebrantable”, de “madurez probada en el juicio” y de “vida privada irreprochable”. En resumen: de “compromiso valiente e indefectible por lo verdadero y por lo justo”. De la capacidad de nuestro tiempo para producir tales aristócratas del espíritu cívico, que eran abundantes en la era feudal, dependería en última instancia la supervivencia de nuestro mundo libre (Solchany, 2016, p. 148). Estas élites deben defender el orden de la competencia frente al intervencionismo y el de la civilización frente al nihilismo. Para lograr esta utopía predemocrática en la que se imponga el peso de la autoridad, la democracia debe ser necesariamente limitada en cuanto a la participación y en cuanto a los asuntos que puede abordar:

La democracia y la libertad son entonces compatibles en el tiempo solo si todos los que ejercen el derecho al voto, o al menos la mayoría de ellos, son conscientes de que existen ciertos principios y normas más elevados de la vida estatal y de la constitución económica, que se encuentran fuera del proceso de toma de decisiones democrático. (Röpke, 1950 apud Solchany, 2016, 148, traducción propia)

#### 4. La crítica pluralista

En tercer lugar, habría una crítica “pluralista” hacia la democracia, que busca defender a las “minorías” contra la omnipotencia de las mayorías. En ese marco, Hayek sostiene que el conformismo de las mayorías impide que la sociedad se beneficie de los aportes de las minorías innovadoras, cuando la libertad siempre es utilizada mejor por las minorías disidentes. Esta élite no sería más virtuosa ni más experta, sino que expresaría ideas divergentes, que se oponen a la opinión dominante en la actualidad, pero que podrían inspirar a la del futuro. Sin embargo, más que la apertura hacia el futuro, el

neoliberalismo de Hayek termina por favorecer la moral y las jerarquías tradicionales (Perrin, 2014; Brown, 2019).

En comparación con la crítica a la democracia de Röpke, la de Hayek se desarrolla en el marco de una filosofía política más acabada. Sin embargo, su desconfianza hacia la democracia no es menos intensa: cuando en 1962 envía su copia de “La constitución de la libertad a Salazar”, le declara que espera que pueda ayudar a los esfuerzos de una constitución que esté protegida frente a los abusos de la democracia. Hayek señalaría luego que en su régimen —como en el de Pinochet más tarde—, había más libertades personales que en muchos regímenes democráticos. En “Derecho, Legislación y libertad” de 1979, Hayek elabora un modelo de Constitución que mantiene el poder en manos de una élite cuidadosamente seleccionada, protegida de la influencia de las masas.

La argumentación de Hayek se basa, en primer lugar, en su teoría del conocimiento. El principio democrático sería contrario al modo de funcionamiento de la sociedad regida por las normas de conducta justa, que no son producto de un constructivismo racionalista, sino resultado gradual de un proceso de ensayos y errores que se extiende a lo largo de varios siglos y se inscribe en la tradición. Esta epistemología sería compatible con una democracia liberal, limitada, que se opone a una democracia social o ilimitada, donde la soberanía popular no encuentra contención y deviene totalitaria.

Sin embargo, posteriormente Hayek marcará la diferencia entre la democracia, como método de producción de leyes; del liberalismo, como una doctrina sobre lo que la ley debería ser. El liberalismo se opondría al totalitarismo y la democracia al autoritarismo. En ese sentido, así como la democracia puede conducir al totalitarismo, pueden existir regímenes autoritarios e incluso dictatoriales que sean liberales.

El liberalismo [...] se preocupa principalmente de la limitación del poder coactivo de todos los gobiernos, sean democráticos o no, mientras el demócrata dogmático sólo reconoce un límite al gobierno: la opinión mayoritaria. La diferencia entre los dos ideales aparece más claramente si consideramos sus oponentes. A la democracia se opone el gobierno autoritario; al liberalismo se opone el totalitarismo. Ninguno de los dos sistemas excluye necesariamente al opuesto. Una democracia puede muy bien esgrimir poderes totalitarios, y es concebible que un gobierno autoritario actúe sobre la base de principios liberales. (Hayek, 1960, p. 225-226)<sup>6</sup>

<sup>6</sup> Por supuesto, la distinción establecida por Hayek no es infrecuente en el pensamiento político occidental. Por un lado, los grandes estudios sobre el totalitarismo —surgidos durante la guerra fría— encuentran que los movimientos

Por lo demás, Hayek señala la incompatibilidad entre una democracia ilimitada, y el funcionamiento del mercado. Por eso se debe garantizar que el proceso político sea manejado por élites con visiones neoliberales con mínima posibilidad de control popular y elección democrática. Esto debería incluir medidas constitucionales que eviten resultados socialdemócratas en el plano impositivo y la extensión de la democracia al ámbito económico (Hayek, 2006; Rodrigues, 2018, p. 132).

En efecto, Hayek rechaza una democracia que sea el “gobierno arbitrario de la mayoría”, que intente buscar la justicia social o que se vea sometida a la presión de grupos de interés como los sindicatos, organizaciones profesionales o patronales. Para evitar estas influencias, el gobierno democrático debe ser limitado en sus atribuciones, donde las mayorías del momento deben obedecer a reglas generales más amplias. En el mencionado libro de 1979 propone un sistema de tres niveles de organismos representativos: uno a cargo del marco establecido por la Constitución, otro encargado de mejorar las normas generales de conducta justa, y el tercero, el de la conducta cotidiana del gobierno. La asamblea gubernamental tendría funciones limitadas y deberá ejercer la coerción solo para hacer cumplir las reglas de conducta generales que ella misma no puede modificar. Dichas reglas de conducta son producidas por la Asamblea legislativa, donde los elegidos lo serán por 15 años y se renovarían de a un quinceavo, además de que sus miembros deben ser mayores de 45 años, en tanto que electores y elegidos se reducirán a una franja pequeña de la población. Como vemos, la idea es alejar todo lo posible la legislación de la influencia de las masas. En ese sentido, la “demarquía” de Hayek se parece mucho a una oligarquía cuya fuente de legitimidad es, en última instancia, la tradición.

Ahora bien, ¿por qué le preocupa tanto a Hayek que las mayorías puedan legislar a través de sus representantes? Esto se debe a que considera al liberalismo económico como la única filosofía auténtica de la libertad, mientras que la democracia está siempre al borde de llevar a la sociedad “hacia la servidumbre”. Para el austríaco, si el liberalismo es una filosofía que limita al ejercicio del poder, la democracia lo multiplica, ya que tiene

---

totalitarios fueron posibilitados por el advenimiento de las masas a la arena política —es decir, por la democracia de masas— y por la ruptura de los lazos tradicionales. También señalan que estos movimientos fueron antiliberales. Lo que muchos parecen olvidar es el vínculo, claramente establecido por Arendt (2006), entre el imperialismo de las potencias liberales decimonónicas y el racismo puesto a prueba en las colonias como los primeros antecedentes de la dominación total y del exterminio sistemático y burocrático de seres humanos.

una tendencia hacia lo ilimitado<sup>7</sup>. Por más que se respeten las reglas del Estado de Derecho, los gobiernos democráticos pueden intentar intervenir en la esfera de la economía -por ejemplo, buscando garantizar la igualdad real de oportunidades-, y desembocan así insensiblemente en una tiranía. Un ejemplo de ello es el impuesto a la renta, defendida por algunos liberales, pero defenestrado por Hayek. En el mismo sentido, Lippmann sostenía en 1940 que el intento de la democracia por desarrollar una política social igualitarista era incompatible con el liberalismo económico.

En definitiva, como señala el epígrafe de este apartado, no importa demasiado la fuente de legitimidad del poder político. Este puede ser de origen democrático y constitucional, pero en la medida en que interfiera con la libertad económica, ya no será un régimen libre. En cambio, como ya vimos con Röpke, un gobierno dictatorial bien puede ejercer un gobierno liberal en la medida en que no interfiera con la libertad económica. Si el primer caso sería el del socialismo democrático de Allende, el segundo estaría representado por la dictadura liberal de Pinochet en Chile o de Salazar en Portugal<sup>8</sup>. En ese sentido, la demofobia neoliberal obedece a su objetivo de defender una concepción absoluta de la propiedad y de la libertad económica contra la búsqueda de la igualdad a la que la democracia tendería inevitablemente. Para Hayek, intervenir en aras de promover la justicia social -un concepto mítico que carece de sentido desde el punto de vista racional- sería un atavismo gregario que va en contra de la civilización. Incluso, para su maestro Mises, el mercado no solo es el lugar de la libertad sino también de la democracia, una “democracia donde cada centavo da un derecho a votar y donde se vota todos los días” (Mises, 2002, p. 84).

Como vemos, estas corrientes presuponen que la única libertad verdadera es la económica y que el único poder capaz de atentar contra las libertades es el poder político, cuya intervención además hace menos eficiente el funcionamiento de la sociedad. La política sería un mero apéndice de los procesos económicos, sobre los cuales no puede -ni debe- ejercer ningún control (Polo Blanco, 2018).

Estas premisas derivan del pensamiento liberal y conservador del siglo XIX, con su temor a las masas y a la tiranía de las mayorías (Tocqueville, 2017). Para este

---

<sup>7</sup> Desde una mirada crítica, nos resulta paradójico ya que consideramos que la tendencia hacia lo ilimitado se encuentra en el capitalismo. De hecho, es dicha tendencia la que imposibilitaría un equilibrio entre la humanidad y su medio vital.

<sup>8</sup> El régimen de Salazar es elogiado tempranamente por distintos intelectuales neoliberales. A fines de los '30, el órgano de prensa liberal *Neue Zürcher Zeitung* se muestra a favor de Franco y Salazar. En los años '50, Louis Baudin apoya plenamente el régimen de Salazar y lo considera una experiencia neoliberal exitosa, capaz de conjugar liberalismo y conservadurismo (Audier, 2016).

pensamiento, la cuestión fundamental no es quién detenta el poder político sino cómo lo ejerce, con qué alcances e intensidad. Desde esa perspectiva, una democracia puede ser más tiránica que un gobierno monárquico. El objetivo es limitar el poder político, independientemente de su origen. Como señala Isaiah Berlin (2002) en su famosa conferencia *Two Concepts of Liberty*, siguiendo la línea trazada por Benjamin Constant en el revolucionado siglo XIX, la única libertad auténtica es la negativa, la libertad de los modernos, es decir, la no interferencia o ausencia de coacción externa<sup>9</sup>.

En este sentido, la oposición neoliberal a la democracia de masas es heredera del pensamiento liberal-conservador, e incluso en ocasiones del pensamiento reaccionario del siglo XIX (Perrin, 2014). Por eso no es casual que las ideas de las ultraderechas actuales, cuya preocupación central es el restablecimiento de las jerarquías tradicionales, puedan conjugarse sin problemas con la defensa del libre mercado que, lejos de deshacer esas jerarquías, las consolida<sup>10</sup>. Esta confluencia también puede visualizarse en la crítica racializada a la democracia.

## 5. La crítica racializada a la democracia

Otro motivo de desconfianza hacia la democracia se expresó en términos raciales, especialmente después de la segunda guerra mundial, y frente al proceso de descolonización. Para los neoliberales, los imperios podían terminar, pero solo si garantizaban los derechos del capital y no se ponían barreras a la circulación de capitales y mercancías (Slobodian, 2021, p. 219). Esto era improbable en un contexto de descolonización, en el cual las instituciones multilaterales y la política estadounidense fomentaban la industrialización como precondition para el desarrollo del sur global (Slobodian, 2021, p. 221).

Frente a ello, los neoliberales van a sostener que la industrialización no es la única vía para el desarrollo, el cual solo es posible manteniendo una economía de mercado donde la producción se guía por las ventajas comparativas. Pero esto no termina allí: desde una postura racializada, sostendrán que, al estar culturalmente subdesarrollada, la población colonial no estaba lista para la autodeterminación, ya que caería presa de la propaganda comunista, destruyendo así toda perspectiva de desarrollo económico y

<sup>9</sup> Como recuerda Polo Blanco (2018), Berlin tiene al menos la honestidad intelectual de reconocer la irrelevancia de dicha concepción de la libertad para quienes no tienen condiciones materiales para ejercerla.

<sup>10</sup> Esto va en contra de lo que suponía la filosofía clásica. Por ejemplo, Aristóteles sostenía que la crematística artificial borra las jerarquías tradicionales, poniendo en pie de igualdad a quienes son distintos por naturaleza. Por el contrario, en una sociedad no estamental, donde las jerarquías son fundamentalmente económicas y políticas, con fuertes y extensos derechos de propiedad, vemos que el mercado desregulado las refuerza.

civilizacional (Cornelissen, 2020). En ese marco, la democratización en el Sur global es vista por muchos neoliberales como un obstáculo al desarrollo económico y al establecimiento de una economía de mercado. Para ellos, las poblaciones “subdesarrolladas” no tienen la madurez cultural para que se les permita autogobernarse, ya que no es probable que establezcan un marco legal e institucional adecuado para el crecimiento económico. En ese marco, hay que elegir entre desarrollo económico y autogobierno democrático (Cornelissen, 2020, pp. 348-349).

Según Cornelissen, el enmarque neoliberal de las poblaciones poscoloniales se movió en dos registros principales. Primero, funcionó para “atrapar discursivamente a los colonizados en el pasado”, confinándolos a un régimen de temporalidad premoderno. Esto se refleja más claramente en la posición ordoliberal sobre las complejidades del gobierno poscolonial. Alexander Rüstow a fines de los ‘50, y Röpke, unos años más tarde, afirmaron que muchas poblaciones poscoloniales viven en un ambiente de la “edad de piedra” y que por lo tanto no poseen las condiciones sociológicas y espirituales para la democracia ni para el Estado de derecho. Fritz Machlup opinó a fines de los ‘60, que la democracia solo funciona para gente informada que puede distinguir entre promesas engañosas y programas realistas, algo que no pueden hacer poblaciones con poca experiencia política y alto grado de analfabetismo. En ese marco, el austronorteamericano recordó el *dictum* de Mill según el cual “no hay libertad para los salvajes” (Cornelissen, 2020, p. 352). Permitir el derecho ilimitado de voto en ese contexto, puede llevar a la destrucción de muchas otras libertades y de la posibilidad del desarrollo económico. (Machlup, 1969, p. 142 apud Cornelissen, 2020, p. 352). Desde este punto de vista, ser premoderno o subdesarrollado es también ser ignorante, inexperto, inmaduro (Cornelissen, 2020, p. 352).

El segundo registro establecía una “jerarquía civilizacional entre culturas desarrolladas y subdesarrolladas”. Por ejemplo, Hayek ofrece un diseño constitucional para las nuevas naciones, que carecen de tradiciones y creencias que “en los países más afortunados hicieron funcionar a las constituciones” (Hayek, 2013, pp. 443–444 apud Cornelissen, 2020). Como ya vimos, este modelo constitucional restringe todo lo posible la influencia popular en la ley, puesto que las nuevas naciones no están preparadas para el gobierno democrático. Como señala Cornelissen, en la escala jerárquica de las civilizaciones, la democracia es un privilegio para pocos.

Este tipo de razonamientos fue utilizado en el abordaje neoliberal del problema del apartheid en Sudáfrica y la independencia de Rodesia, en un contexto internacional donde se reclamaba por el sufragio universal. En general, la postura neoliberal fue la de promover la igualdad de derechos formales en el plano socioeconómico de la economía

de mercado, para lo cual era necesario mantener una restricción de las libertades y derechos políticos de los negros.

Quizás la postura mejor conocida al respecto es la de Röpke, quien en 1964 escribió un panfleto defendiendo el régimen y sosteniendo que “el negro sudafricano no solo es un hombre de una raza completamente distinta, sino que, al mismo tiempo, proviene de un tipo y un nivel de civilización completamente diferentes” (Röpke, 1964, p. 139, cit en Cornelissen, 2020, p. 354 y Slobodian, 2021, p. 256). Para el alemán, estos dos factores, raza y subdesarrollo, estaban íntimamente conectados<sup>11</sup>. El desarrollo que existía en Sudáfrica se debía exclusivamente al espíritu pionero de la población blanca, al atractivo del país para los turistas, a su estructura fiscal favorable y los elevados rendimientos que ofrecía a la inversión extranjera. Si se habilitase el sufragio universal, los negros aplastarían a los blancos y darían por tierra con dicho desarrollo, “Röpke opinaba que en Sudáfrica debía persistir la supremacía blanca a causa de las diferencias raciales, la economía y la *realpolitik*” (Slobodian, 2021, p. 230).

Ahora bien, esta defensa racializada del Apartheid no encontró demasiado apoyo entre los neoliberales europeos, pero sí en la nueva derecha estadounidense, en plena campaña supremacista contra los derechos civiles de los afroamericanos. En ese marco, Röpke proponía una federación de naciones con soberanía política formal, pero una autonomía económica reducida que estuviera regulada por la libre circulación de capitales y la inversión entre países. Una

federación mundial laxa contribuiría a evitar que se materializasen las expectativas populares colectivas, porque la amenaza constante de la fuga de capitales frenaría las campañas de políticas sociales expansionistas. Los agentes económicos que votan con los pies —y con los activos— serían los correctivos más infalibles en los proyectos de construcción de estados de bienestar domésticos. (Slobodian, 2021, p. 234)

---

<sup>11</sup> Estos argumentos también influyen en su defensa del derecho de los países a controlar los flujos migratorios, no solo en función de sus necesidades económicas, sino también de su raza y cultura. En una afirmación que podría ser suscrita por las ultraderechas actuales, señalaba que las naciones tienen un derecho esencial a salvaguardar a sus poblaciones de inmigrantes “que pueden amenazarlas por sus cualidades... o incluso por su cantidad”. La inmigración de trabajadores debe ser controlada cualitativamente para cuidar el patrimonio espiritual y biológico, la tradición política, el carácter etno-lingüístico y la estructura social del país (Röpke, 1950 en Biebriecher, 2020, p. 13). Paradójicamente, un pensador que se opuso a la política racial del nazismo termina justificando la limitación de la democracia y la libre circulación de personas en base a supuestos racializados.

Lo mismo sucedería con las tasas de interés: mientras más un país se aleja de Occidente, mayor es la tasa de interés que debe pagar para recibir un préstamo.<sup>12</sup> (Slobodian, 2021, p. 259). En cualquier caso, Röpke se distanció de los globalistas de la Sociedad Mont-Pèlerin, sosteniendo posiciones racistas y despectivas hacia las poblaciones poscoloniales, que lo llevaron a convertirse en un intelectual de cabecera para la *National Review* norteamericana.

El frecuente uso del término «caníbal» en el círculo conservador de conocidos de Röpke para describir a los agentes políticos africanos, junto con su reivindicación de una «línea Zambeze» y el persistente estribillo del «suicidio de Occidente», sugiere que la concepción racializada del mundo resultaba fundamental para la filosofía de Röpke acerca de la sociedad y de la economía durante la posguerra. (Slobodian, 2021, p. 259)

Otro de los que se opuso con firmeza al sufragio universal en Sudáfrica fue William Hutt, economista de la *London School of Economics* y miembro de la Sociedad Mont-Pèlerin que trabajó desde 1928 hasta 1966 en la University of Cape Town, y escribió *The Economics of the Colour Bar* en 1964. Utilizando argumentos tomados de Friedman y Gary Becker, Hutt sostenía que “el racismo es una forma de búsqueda de rentas análoga a la defensa que hacen los sindicatos de su propio privilegio frente a la entrada de trabajadores no blancos” (Hutt, apud Slobodian, 2021, p. 261). Dado que el racismo estaba fuera del mercado y se oponía a él, Hutt promovió la igualdad racial en el ámbito laboral, pero no en el político, donde promovía el voto ponderado, primero en términos de raza y luego de ingresos. También defendió de manera vehemente a la República de Rodesia “contra la tiranía del sistema ‘un hombre, un voto’” (Slobodian, 2021, p. 265).

Quien también se opuso a las sanciones a Rodesia fue Milton Friedman. En 1976 planteó el argumento desconcertante según el cual entonces el gobierno de la mayoría

---

<sup>12</sup> Hoy basta con alejarse de las normas dictadas por el mercado financiero global para que aumente el “riesgo país” y se encarezca el financiamiento externo. Como señalan Dardot y Laval,

Las armas disciplinarias de los mercados financieros han permitido castigar sin piedad a todos contraventores de los programas de deflación salarial, de flexibilización del mercado de trabajo, de privatización de las empresas y de disminución del gasto público. En caso de que un gobierno se atreviera a tomar ‘malas decisiones’, sería inmediatamente sancionado mediante la denegación de préstamos o un descenso en el rating de las agencias de calificación, cosa que elevaría ipso facto las tasas de interés a devolver a los acreedores (Dardot y Laval, 2016, p. 33).

para Rodesia era un eufemismo para un gobierno de minoría negra, lo que seguramente significaría la expulsión o el éxodo de la mayoría de los blancos y una bajada drástica del nivel de vida y oportunidades para los miles de rodesianos negros. En una conferencia que dio en Ciudad del Cabo ese mismo año sostuvo que el sistema de “un hombre, un voto” favorecía que los grupos de interés desempeñen un papel mucho más importante que el interés general. Por el contrario, el mercado económico era un sistema de representación efectiva y proporcional. Si bien coincidía con Röpke en señalar que el aislamiento de Rodesia era un signo de suicidio de Occidente, sus conclusiones no se fundamentaban en la raza ni en el nivel de civilización, sino en una crítica general a la práctica de la democracia electoral y en que las sanciones a Rodesia solo lograrían debilitar el sistema de mercados libres. En esto coincidía Hayek, quien, a pesar de condenar el apartheid, expresó su temor a que el uso de sanciones como arma económica transgreda las fronteras que separaban el mundo de la propiedad -el *dominium*- del mundo de los Estados -el *imperium*-

Para Slobodian, África meridional es la prueba definitiva de las diferentes perspectivas neoliberales sobre las cuestiones de raza, orden mundial e imperio en la época de la descolonización. No solo no había una postura única, sino que las opiniones de los principales actores fueron cambiando con el tiempo. El giro más extremo quizá fuese el de Röpke, quien pasó de oponerse al imperialismo como una historia de barbarie y brutalidad a sostener, tres décadas más tarde, que el colonialismo había llevado la civilización occidental al mundo no occidental.

Mientras que en 1934 había escrito que el imperialismo europeo se correspondía «con todos los poderes irracionales de la vida interior de las naciones», en 1965 afirmó que era el patrimonio europeo el que estaba amenazado por «las monstruosas fuerzas del caos y la destrucción» que lo atacaban. Lo más importante era su nueva convicción de que la «europeización» había transformado toda la tierra en una «colonia occidental única». Dada esa realidad, la estabilidad y la relativa prosperidad solo llegarían al sur global cuando este abandonara su rechazo a la occidentalización y la abrazara como un ethos, una forma de vida y una actitud [...] El imperialismo no era una época que hubiese terminado, sino una tarea que había que completar. (Slobodian, 2021, p. 273)

En efecto, para los neoliberales el fin de los imperios coloniales confrontaba a las poblaciones a una disyuntiva: el camino del desarrollo o el de la democracia (Cornelissen,

2020). El argumento neoliberal de la “inmadurez” política está mezclado con una serie de supuestos racializados, que provienen de su origen colonial. La idea de que las diferencias raciales influyen directamente en el desarrollo económico, social y de civilización, eran comunes en los escritos neoliberales de la época. Por ejemplo, en un artículo de 1961, Louis Rougier señaló su acuerdo con la creencia del siglo XIX de que “la raza y el clima” estaban entre las principales causas del “estancamiento del ‘tercer mundo’”, antes de afirmar que los musulmanes, africanos, y los indios eran propensos al fatalismo y la superstición (Rougier, 1961, p. 187, apud Cornelissen, 2020).

También Mises vinculó la historia de la civilización con las diferencias raciales. Como recuerda Cornelissen, en “Socialismo” de 1922, Mises aventuró que “las razas difieren en inteligencia y fuerza de voluntad” y que “las mejores razas se distinguen precisamente por su especial aptitud para fortalecer la cooperación social” (Mises, 1951, p. 325, apud Cornelissen, 2020). En su “Liberalismo” de 1927, también opinó que “la civilización europea es realmente superior a la de las tribus primitivas de África o a las civilizaciones de Asia”, antes de caracterizar a los “europeos” como “miembros de una raza superior” (Mises, 1985, pp. 125-126, apud Cornelissen, 2020). En “La acción humana” admitió que hay algo de verdad en la posición racista que “atribuye los grandes logros de la raza blanca a la superioridad racial” y que ciertas razas han contribuido muy poco al desarrollo de la civilización y por ello pueden ser llamadas “inferiores” (Mises, 1998, p. 90, apud Cornelissen, 2020).

Como señala Cornelissen, muchos pensadores neoliberales consideraron a las diferencias raciales como una categoría analítica clave, ya sea para estudiar el desarrollo económico o la historia de la civilización. En ese marco debe situarse la crítica a la autodeterminación de los pueblos descolonizados por no estar suficientemente maduros o desarrollados para la democracia.

De hecho, este tipo de argumentos fueron utilizados para justificar la ausencia de democracia en Latinoamérica y luego en Oriente Medio. En un simposio de 1986, Arnold Habegger sostuvo que los latinoamericanos tienen una tendencia hacia el romanticismo, la vulnerabilidad a la demagogia y la autocompasión. Por suerte, los gobiernos militares estaban contrarrestando esas predisposiciones. En ese mismo marco, Ramón Díaz, futuro presidente de la SMP, sostuvo que los latinoamericanos estaban enamorados de conceptos como “democracia ilimitada”, “soberanía” y “revolución”, ya que eran inherentemente contrarios a la institución de la propiedad privada. También se dijo allí que Latinoamérica tenía una cultura política inmadura y que la herencia cultural española y portuguesa hacía a los latinoamericanos contrarios al comercio y el trabajo manual, y propensos a culpar a otros por sus infortunios. Para estos neoliberales, estas

inclinaciones culturales y de temperamento no solo explicaban el atraso económico latinoamericano, sino también su incapacidad para el autogobierno democrático (Cornelissen, 2020).

Quizás la intervención más famosa al respecto sea la de Hayek, quien en la entrevista concedida a “El Mercurio” en 1981 sostuvo que, a diferencia de la tradición de la libertad anglosajona, la tradición sudamericana se basa en la del máximo poder gubernamental de la revolución francesa. Por lo tanto, Sudamérica estaba demasiado influenciada por ideologías totalitarias como para poder conjugar democracia y libertad.

Como señala Cornelissen, este tipo de afirmaciones también fueron frecuentes en relación al Islam y fueron revividas tras los ataques del 9/11. Se sostuvo que la larga historia de despotismo hacía imposible el triunfo de la democracia en países como Irak. Este tipo de argumentos ya estaban presentes en Mises y Rougier, para los cuales el Islam era una religión muerta, que alienta el fatalismo (Cornelissen, 2020, p. 357).

Según Cornelissen, tanto la justificación neoliberal del golpe chileno, como los comentarios neoliberales más recientes sobre las perspectivas de la democracia en Medio Oriente, siguen el modelo de la crítica neoliberal de la autodeterminación poscolonial. Nuevamente, el argumento neoliberal contra la democracia se basa en una estructura argumentativa racializada. De allí concluye:

Al presentar a poblaciones enteras como cultural, temperamental o históricamente incapaces de un autogobierno ilustrado, el pensamiento neoliberal no solo reproduce una tradición de pensamiento abiertamente racista [...] sino que también tergiversa fundamentalmente la historia de la democracia. De hecho, al imaginar que la falta de estabilidad democrática solo es el resultado de una falla cultural por parte de la población, los neoliberales desacreditan abiertamente la larga y siniestra historia de violencia política y económica (a menudo encabezada por Estados Unidos) que, en muchos países en el sur global, ha saboteado muchas democracias que funcionan bien y, al argumentar que estos países no tienen experiencia en el autogobierno, cometen un acto de borrado histórico, eliminando casualmente una multitud de ricas y antiguas tradiciones de autogobierno y autonomía a las que han dado lugar los pueblos del sur global desde tiempos inmemoriales. (Cornelissen, 2020, p. 357, traducción propia)

## 6. De la crítica de la democracia a la defensa del autoritarismo

Como hemos visto, el desprecio neoliberal por la democracia desde posiciones elitistas, conservadoras e incluso reaccionarias y racistas, es formulado de distintos modos desde los años 1920. De hecho, el globalismo neoliberal surge como un proyecto de neutralización de la democracia y de protección de la esfera económica del *dominium* frente al avance del *imperium* (Slobodian, 2018).

En ese marco, como hemos señalado, para los liberales la democracia es aceptable solo en términos formales, reconociendo al pueblo como fuente de la soberanía o de elección de representantes, pero nunca como forma de gobierno. Dicho de otro modo, a la categoría política de soberanía popular le oponen la “soberanía del consumidor” como criterio normativo. De hecho, para los liberales una dictadura liberal es preferible a las democracias donde se busque ejercer un control político sobre la economía o plantear medidas redistributivas. De allí el apoyo a regímenes como el de Salazar, Franco o Pinochet entre distintos intelectuales liberales. El favor del que gozará el régimen chileno se evidencia en el conocido apoyo de Friedman y Hayek, en el asesoramiento de los Chicago boys y en el hecho de que se haya tenido allí en 1981 el congreso de la Sociedad Mont-Pèlerin, donde el diagnóstico imperante era que la dictadura liberal de Pinochet salvó a Chile de una dictadura comunista, estableciendo un régimen más libre que el que existió durante 40 años de políticas socializantes en el país. Por ejemplo, Reed Irvine celebró el golpe promovido por su país contra Allende, y señaló que, en vez de enfocarse en las violaciones a los derechos humanos, la prensa estadounidense debería destacar el progreso económico de Chile. En esa línea, Erik von der Kuehnelt-Leddihn, un católico austriaco ultraconservador y miembro de la Sociedad Mont-Pélerin, subrayó la violencia que sería consustancial a la democracia, considerando que “en los últimos doscientos años, minorías real o supuestamente privilegiadas fueron expropiadas, perseguidas, exiliadas, reprimidas o asesinadas. Por supuesto, el principio del gobierno mayoritario favoreció tales desarrollos (...)” (Solchany, 2016, p. 53).

De distintas maneras, los presentes en el congreso aprueban el régimen chileno y denuncian la democracia ilimitada que impera en países como Estados Unidos.<sup>13</sup> La teoría de la elección pública de James Buchanan, figura destacada del congreso, aparece, en ese marco, como una especie de acusación hacia las burocracias y los grupos de interés

<sup>13</sup> Resulta paradójico que esto sea formulado el mismo año de la asunción de Ronald Reagan.

que, siguiendo sus propias agendas, dan lugar al crecimiento de un Leviatán al que hay que poner freno.

En ese marco, Wolfgang Frickhöffer señala que las reformas impulsadas por Ludwig Ehrhard en la Alemania ocupada no hubiesen sido posibles bajo un régimen democrático parlamentario. Ese tipo de reformas necesarias solo serían posibles bajo un régimen autoritario, como el de Chile<sup>14</sup>. Si una democracia nunca estaría dispuesta a establecer ese tipo de reformas, y si un régimen libre solo podría existir bajo una sociedad de mercado, se impone la conclusión de que una dictadura pro-mercado siempre promoverá mayor libertad que una democracia.

Como señala Solchany, esta ponderación de los regímenes autoritarios no cesa con la caída de la URSS. En 1992, el periodista económico Gerhard Schwarz señala que la democracia lleva a que los pobres sancionen impuestos confiscatorios que deben pagar los ricos, mientras que una dictadura autoritaria presenta muchas ventajas en la transición hacia una economía de mercado. De hecho, si impone un orden de mercado, una dictadura estaría poniendo amplios límites a su propio poder. Schwarz propone así una especie de democracia autoritaria, que sea gobernada por un líder con amplio apoyo en la población y que imponga una constitución autoritaria<sup>15</sup>.

Este tipo de pensamiento antidemocrático y estadofóbico es sostenido en EEUU por Hans-Hermann Hoppe, seguidor de Mises y Rothbard. Para Hoppe, la democracia, *The god that failed*, sería responsable de la degeneración moral, del poder estatal y la criminalidad. Hoppe aspira a una “revolución liberal libertaria”, al sueño de comunidades a escala del distrito o de la región que se separarán y se regirán únicamente por intercambios libremente consentidos entre propietarios de bienes privados. El orden libertario será no democrático, jerárquico y elitista, y guiado por una autoridad natural (Solchany, 2016, p. 65).

Estas ideas son retomadas en Europa por Frank Karsten y Karel Beckman en *Beyond Democracy*, un panfleto traducido a diez idiomas, que explica –siguiendo a Mises, Hayek, Rothbard y Hoppe– por qué la democracia nacional parlamentaria lleva necesariamente a la tiranía de las mayorías y a la pérdida de libertades (Karsten y Beckman, 2013).

<sup>14</sup> Cabe notar que Ehrhard firma un tratado bilateral de inversiones con la dictadura de Pakistán en 1948 que servirá de modelo a la mayoría de los tratados bilaterales posteriores (Slobodian, 2021).

<sup>15</sup> En cierta medida puede decirse que esos liderazgos se dieron en Europa oriental, aunque los resultados de los shocks neoliberalizadores fueron en principio un tanto catastróficos.

Como señala Solchany, por su fobia a las masas y al parlamentarismo, por su aspiración a un poder de las élites liberado de los obstáculos del sufragio universal, el neoliberalismo se inscribe en una larga tradición de desconfianza liberal hacia el igualitarismo, que retoma el legado de la crítica reaccionaria (Solchany, 2016, p. 69; Perrin, 2014). De hecho, si el neoliberalismo se revela como una racionalidad ademocrática, cuando no directamente demofóbica, no debería sorprendernos que en la actualidad sus exponentes más destacados provengan de una ultraderecha que afirma sin ambages la superioridad blanca, masculina y heterosexual.

Por ello, más que denunciar una suerte de neofascismo neoliberal como si se tratase de una especie de híbrido, habría que poder identificar los aspectos inherentemente autoritarios de la racionalidad neoliberal y su confluencia con las ultraderechas actuales. Para ello, siguiendo a Dardot et al. (2021), es necesario tener presente el carácter estratégico de la racionalidad neoliberal, cuya divisa es la defensa de la libertad del mercado competitivo contra cualquier búsqueda colectiva de la igualdad. En ese sentido, consideramos que el auge del neoliberalismo autoritario y del populismo de derechas neoliberal no es algo ajeno al pensamiento de los propios popes del neoliberalismo desde su nacimiento hasta la actualidad, sino que se inscribe en una tradición signada por el rechazo hacia cualquier expresión de igualitarismo y el pánico frente a las masas. En esta reconstrucción de algunas variedades del antidemocratismo y del conservadurismo neoliberal, se comprende mejor su evolución reciente hacia posiciones machistas, racistas, supremacistas, xenófobas y aporofóbicas. En definitiva, ello puede inscribirse en una lucha que comenzó hace un siglo entre neoliberalismo y democracia.

## 7. A modo de cierre

En este artículo hemos vinculado la crisis que atraviesa la democracia liberal y el auge de una derecha radical ultraliberal con factores endógenos, como el antidemocratismo neoliberal, del cual se deriva una concepción jerárquica y autoritaria de lo social. Es decir que la desafección por la democracia que se registra hoy en distintas latitudes no solo tiene que ver con una decepción momentánea frente a su incapacidad de dar respuesta a los problemas generados por el capitalismo neoliberal, sino que es alentada por la propia racionalidad gubernamental neoliberal. Esta ha llevado a crear instituciones y procedimientos que buscan poner las decisiones más importantes, especialmente en el ámbito económico, al abrigo de cualquier posibilidad de intervención democrática. Por ello, hemos explorado dentro de ese universo algunos de los principales motivos de desconfianza neoliberal hacia la democracia, cuando no de una

auténtica demofobia neoliberal. Hemos comentado brevemente la desconfianza planteada en términos técnicos, más frecuente en la mirada científicista de la escuela de Chicago, aunque este tipo de razones sean casi siempre una coartada para evitar debates incómodos y apoyar políticas conservadoras. Luego, hemos destacado una crítica abiertamente conservadora hacia la democracia que predomina en el ordoliberalismo, donde se expresa con mayor fuerza el desprecio por las masas y la necesidad de un Estado fuerte que esté por encima de los grupos de presión y sea gobernado por una élite virtuosa y moralmente intachable. Para esta concepción, la sociedad de mercado solo puede funcionar en el marco de una serie de valores morales e incluso religiosos y de un respeto por las jerarquías tradicionales. En tercer lugar, destacamos la crítica pluralista a la democracia, frecuente en la corriente austríaca, cuyo temor es la tiranía de las mayorías, que se expresaría en las intervenciones que buscan redistribuir la riqueza o promover derechos sociales. En cuarto lugar, hemos destacado la desconfianza hacia la democracia en los territorios poscoloniales, donde aparecen argumentos racistas que sostienen que las poblaciones descolonizadas viven en el pasado y que sus civilizaciones son atrasadas, por lo cual sería peligroso permitir que se gobiernen a sí mismas. Las figuras del salvaje y del caníbal se presentan incluso con mayor insistencia cuando se trata de abordar el problema del Apartheid en Sudáfrica y Rodesia. Allí, los neoliberales van a insistir en que todo lo bueno que existe se debe a las minorías blancas y que la igualdad de derechos políticos conduciría al desastre. Sin embargo, como destaca Cornelissen, no solo existen muchas experiencias de autogobierno previas a la llegada de los blancos a los territorios colonizados, sino que durante el siglo XX muchas experiencias democráticas, especialmente en Latinoamérica, fueron interrumpidas violentamente por la intervención de fuerzas estadounidenses o golpes militares apoyados por los “defensores del mundo libre”. Esto mismo, junto al apoyo político, ideológico y técnico brindado por los neoliberales a regímenes dictatoriales y genocidas en el Cono Sur, y a regímenes autoritarios y racistas en otras partes del “Sur global”, muestra cómo la demofobia neoliberal deriva en una defensa del autoritarismo. Dicho autoritarismo no solo tiene que ver con el apoyo a regímenes no democráticos, sino también con un rechazo hacia todos los movimientos y formas de vida que puedan implicar obstáculos al libre despliegue de la propiedad privada y el mercado competencial, como a la moral que los sostiene. En última instancia, el odio a la democracia y el odio a los sujetos racializados, los extranjeros, los pobres, los “asistidos”, etcétera, se vinculan de manera directa con una concepción según la cual la única libertad verdadera es la económica y que cualquier política que busque equilibrar la balanza terminará con ella y con cualquier perspectiva de prosperidad. Si para la gubernamentalidad neoliberal, el *homo economicus* es

eminentemente gobernable, no sucede lo mismo con el *homo democraticus*. Si, como sostenía el primer informe de la Comisión Trilateral, la democracia resulta ingobernable, la *governance* neoliberal solo puede funcionar si se evita la participación de los muchos en la política y se deja la cosa pública en manos de las élites. De ese modo, la democracia cede su lugar a la oligarquía.

## 8. Referencias Bibliográficas

- Arendt, H. (2006). *Los orígenes del totalitarismo*. Alianza.
- Berlin, I., Hardy, H. y Harris, I. (2002). *Liberty: Incorporating four essays on liberty*. Oxford University Press.
- Biebricher, T. (2020). Neoliberalism and Authoritarianism. *Global Perspectives*, 1(1). <https://doi.org/10.1525/001c.11872>
- Brown, W. (2019). *In the ruins of neoliberalism: The rise of antidemocratic politics in the West. The Wellek library lectures*. Columbia University Press.
- Callison, W., Manfredi, Z., (Eds.). (2019). *Mutant Neoliberalism*. Fordham University Press.
- Caré, S. y Châton, G. (2016). Néoliberalisme(s) et démocratie(s). *Revue de philosophie économique*, 17(1). <https://doi.org/10.3917/rpec.171.0003>
- Cooper, M. (2021). The Alt-Right: Neoliberalism, Libertarianism and the Fascist Temptation. *Theory, Culture & Society*, 026327642199944. <https://doi.org/10.1177/0263276421999446>
- Cornelissen, L. (2020). Neoliberalism and the racialized critique of democracy. *Constellations*, 27(3), 348–360. <https://doi.org/10.1111/1467-8675.12518>
- Dardot, P. y Laval, C. (2016). *Ce cauchemar qui n'en finit pas: Comment le néolibéralisme défait la démocratie*. Cahiers libres. La Découverte.
- Dardot, P., Sauvêtre, P., Guéguen, H. y Laval, C. (2021). *Le Choix de la Guerre Civile: Une Autre Histoire du Néolibéralisme*. Lux editeur.
- Davidson, N. (2018) Neoliberalism as a Class-Based Project, en Cooper et al., *The SAGE Handbook of Neoliberalism*, SAGE.
- Foucault, M. (2007) *Nacimiento de la biopolítica*. FCE.
- Friedman, Milton (1988). Capitalism and Democracy: Discussion, en *Freedom, democracy and economic welfare*. Symposium held Oct 5-8, 1986 in Napa Valley, California. Canada: Fraser Institute.
- Hayek, F. A. von. (2000). *Camino de servidumbre*. Alianza Editorial.

- Hayek, F. A. von. (1960). *Los fundamentos de la libertad*. Unión editorial.
- Mansuy, D. (2016). Jaime Guzmán: une synthèse libérale-conservatrice. *Revue de philosophie économique*, 17(1), 209-229. <https://doi.org/10.3917/rpec.171.0209>
- Méndez, P. (2017). Wilhelm Röpke y la espiritualidad del neoliberalismo. *Astrolabio*, (18).
- Mises, L. v. (1951). *Socialism. An Economic and Sociological Analysis*. Yale University Press.
- Perrin, J. (2014). *Libéral-reac: Les racines réactionnaires du néolibéralisme*. Francois Bourin.
- Polo Blanco, J. (2018). Isaiah Berlin, Friedrich Hayek y Milton Friedman pasean por villa miseria. Los límites de la concepción liberal de la libertad. *Tabula Rasa*. <https://doi.org/10.25058/20112742.n29.09>
- Rodrigues, J. Embedding Neoliberalism: The Theoretical Practices of Hayek and Friedman, en Cooper et al., *The SAGE Handbook of Neoliberalism*, SAGE.
- Röpke, W. (1950). *The social crisis of our time*. The University of Chicago Press.
- Röpke, W. (2009). *Au-delà de l'offre et de la demande*. Les belles lettres.
- Rothbard, M. N. *El igualitarismo: Una rebelión contra la naturaleza*. Colección La Antorcha.
- Rumié Rojo, S. A. (2018). Chicago Boys en Chile: neoliberalismo, saber experto y el auge de una nueva tecnocracia. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 64(235). <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.2019.235.61782>
- Slobodian, Q. *Globalistas: El fin de los imperios y el nacimiento del neoliberalismo*, Madrid: Capitán Swing.
- Solchany, J. (2016). Le problème plus que la solution: la démocratie dans la vision du monde néolibérale. *Revue de philosophie économique*, 17, 135-169. <https://doi.org/10.3917/rpec.171.0135>
- Tocqueville, A. de. (2017). *La democracia en América* (3ª ed.). *El libro de bolsillo*. Ciencias sociales: 77-78. Alianza Editorial.
- Whyte, J. (2019). *The morals of the market: Human rights and the rise of neoliberalism* ([North America version]). Verso.